

Stephen Fry

Mythos

Los mitos griegos revisitados

Traducción de Rubén Martín Giráldez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Mythos

Michael Joseph

Londres, 2017

Ilustración: «Hamlet», © CODERCH&MALAYA Sculptors

Primera edición: septiembre 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Rubén Martín Giraldez, 2019

© Stephen Fry, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6442-7

Depósito Legal: B. 17946-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

ΓΙΑ ΤΟΝ ΈΛΛΙΟΤΤ ΜΕ ΑΓΑΠΗ

PREÁMBULO

Cuando era bastante pequeño tuve la suerte de que me cayera en las manos un libro que se titulaba *Historias de la Grecia Antigua*. Fue amor a primera vista. Por más que luego disfrutara con mitos y leyendas de otras culturas y gentes, aquellos relatos griegos siempre tuvieron algo que me reconfortaba interiormente. La energía, el humor, la pasión, la particularidad y la precisión creíble de su mundo me cautivaron desde el primer momento. Espero que lo mismo os suceda a vosotros. Quizás ya conocéis algunos de los mitos que aquí se cuentan, pero quiero dar la bienvenida especialmente a aquellos que nunca se han cruzado con personajes ni historias del mito griego hasta ahora. Para leer este libro no es necesario que sepáis nada; comienza con un universo vacío. Desde luego no requiere de un «bagaje clásico», ni que sepáis distinguir entre néctar y ninfas, sátiros y centauros o las parcas y las furias. La mitología griega no tiene nada en absoluto de académico ni de intelectual; es adictiva, entretenida, accesible y asombrosamente humana.

Pero ¿de dónde vienen estos mitos de la antigua Grecia? Tal vez podamos tirar de un hilo en medio de la maraña de la historia humana y remontarnos por él, pero al elegir solo una civilización con sus historias puede parecer que nos tomamos libertades con la fuente original del mito universal. Los primeros seres humanos que habitaron el mundo se preguntaron por los orígenes de la potencia que alimentaba los volcanes, las tor-

mentas, las mareas y los terremotos. Celebraban y veneraban el ritmo de las estaciones, la procesión de cuerpos celestiales en el firmamento nocturno y el milagro cotidiano del amanecer. Se preguntaban cómo podía haber empezado aquello. El inconsciente colectivo de muchas civilizaciones ha contado historias de dioses furiosos, de dioses muertos y resucitados, de diosas de la fertilidad, de deidades, demonios y espíritus de fuego, tierra y agua.

Evidentemente, los griegos no fueron los únicos en tejer un tapiz de leyendas y saber popular a partir del desconcertante entramado de la existencia. Puestos a adoptar una perspectiva arqueológica y paleoantropológica, podemos remontarnos para los orígenes de los dioses de Grecia hasta los padres celestiales, las diosas lunares y los demonios del «Creciente Fértil» de Mesopotamia (hoy Irak, Siria y Turquía). Los babilonios, sumerios, acadios y otras civilizaciones que prosperaron mucho antes que los griegos contaban con sus relatos y sus mitos folclóricos, que, al igual que los idiomas en que los expresaban, tenían su origen en la India y por tanto rumbo a poniente hacia la prehistoria, en África y en el nacimiento de nuestra especie.

Pero siempre que contamos una historia nos vemos obligados a cortar el hilo narrativo por algún punto para tener por donde empezar. Con la mitología griega es fácil hacerlo, porque ha sobrevivido con un detalle, una riqueza, una vivacidad y un color que la distingue de otras mitologías. Fue capturada y conservada por los primerísimos poetas y nos ha llegado siguiendo una línea ininterrumpida casi desde los albores de la escritura hasta la actualidad. Si bien los mitos griegos tienen mucho en común con los chinos, iraníes, indios, mayas, africanos, rusos, americanos nativos, hebreos y nórdicos, ofrecen la particularidad de ser –tal y como lo expresó la escritora y mitógrafa Edith Hamilton– el producto de «la creación de grandes poetas». Los griegos fueron los primeros en componer narraciones coherentes, incluso una literatura, sobre sus dioses, monstruos y héroes.

La estructura de los mitos griegos sigue el ascenso de la humanidad, nuestra batalla por liberarnos de la interferencia de

los dioses —de su acoso, sus entrometimientos, su tiranía sobre la vida y la civilización humanas—. Los griegos no se humillaban ante sus dioses. Eran conscientes de su vana necesidad de ser adorados y venerados, pero creían que los hombres eran sus iguales. Según sus mitos, quienquiera que crease este mundo incomprendible, con sus crueldades, maravillas, caprichos, bellezas, locuras e injusticias, tenía que ser cruel, maravilloso, caprichoso, hermoso, loco e injusto. Los griegos crearon dioses a su imagen y semejanza: belicosos pero creativos, sabios pero feroces, cariñosos pero celosos, tiernos pero brutales, compasivos pero vengativos.

Mythos comienza por el principio, pero no acaba por el final. Si hubiese incluido a héroes como Edipo, Perseo, Teseo, Jasón o Heracles y los detalles de la Guerra de Troya, este libro no lo habría levantado ni un titán. Es más: lo único que me preocupa es contar las historias, no explicarlas ni investigar las verdades humanas y los entresijos psicológicos que puedan subyacer en ellas. Los mitos son de por sí suficientemente fascinantes en su abundancia de detalles perturbadores, sorprendentes, románticos, cómicos, trágicos, violentos y fabulosos para sostenerse enteramente como relatos. Si, mientras leéis, no podéis evitar preguntaros qué inspiró a los griegos para inventar un mundo tan rico y elaborado en personajes e incidentes, y os descubris sopesando las profundas verdades que encarnan los mitos..., bueno, pues desde luego eso es parte del placer.

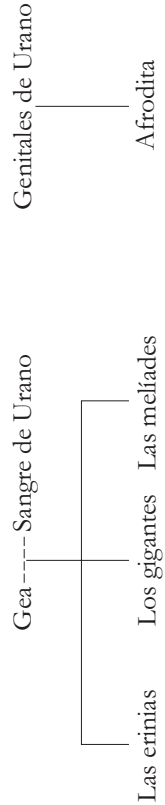
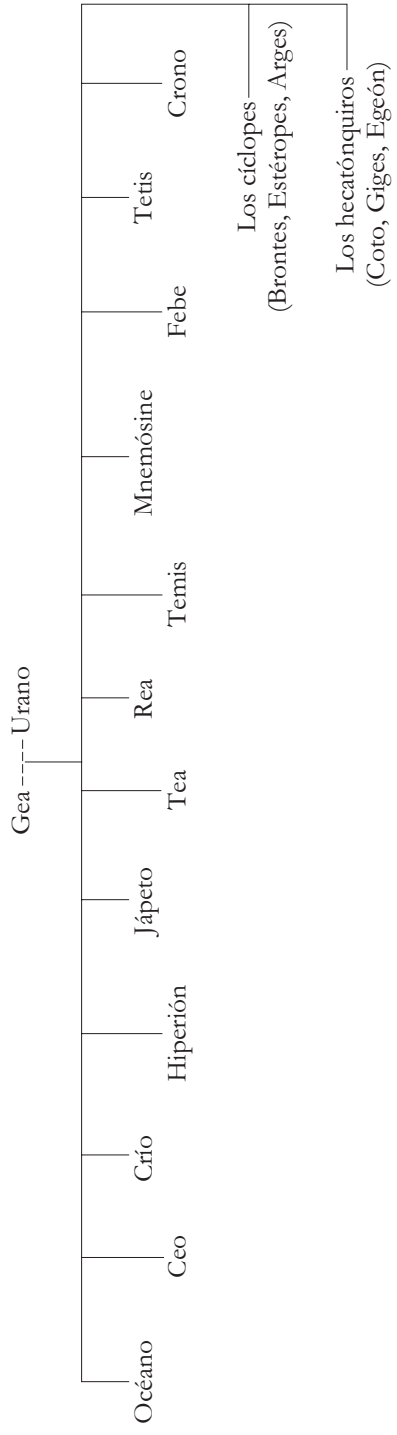
Y placer es el quid de la cuestión cuando hablamos de sumergirnos en el mundo del mito griego.

STEPHEN FRY

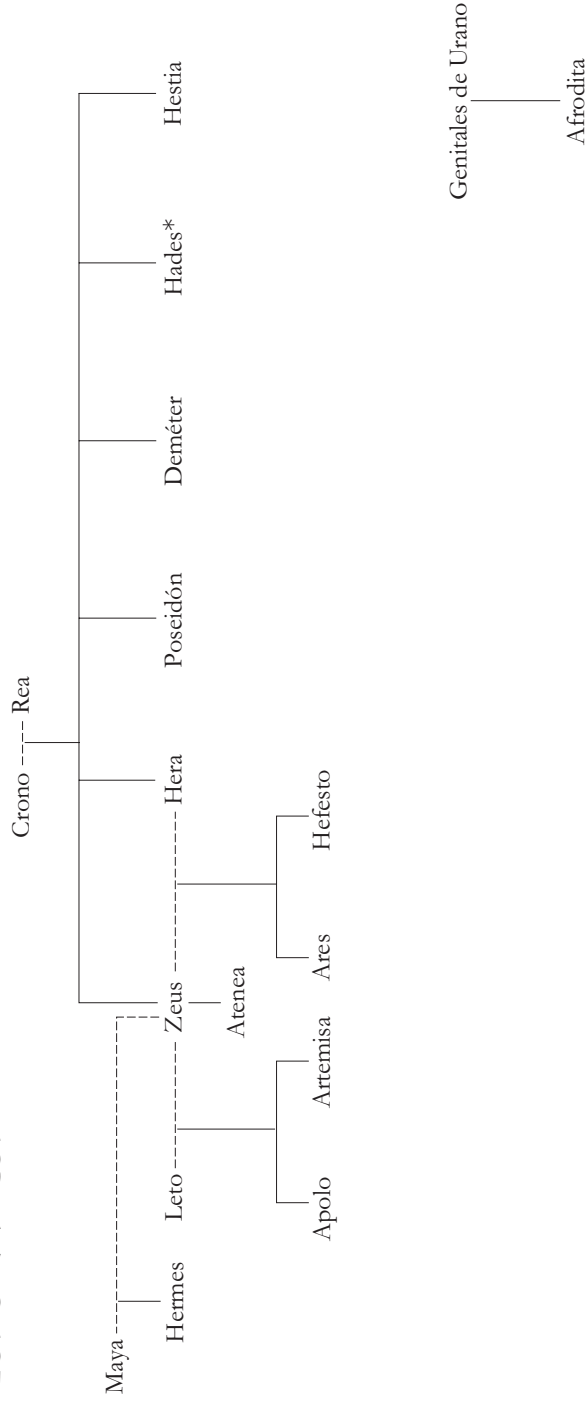




LA SEGUNDA GENERACIÓN



LOS OLÍMPICOS



** Técnicamente, Hades no es un olímpico, dado que pasaba la mayor parte del tiempo en el inframundo.*

El principio

Primera parte

SURGIDO DEL CAOS

En los tiempos que corren, el origen del universo se explica mediante un Big Bang, un único acontecimiento que generó al instante la materia de la que todo y todos estamos hechos.

Los antiguos griegos opinaban otra cosa. Decían que todo comenzó no con un estallido, sino con el CAOS.

¿Y Caos era un dios –una divinidad– o simplemente un estado de inexistencia? ¿O no significaría acaso la palabra Caos, igual que cuando la usamos hoy, una especie de tremendo desbarajuste, como el del dormitorio de un adolescente o peor?

Imaginad el Caos como una especie de bostezo cósmico, quizás. Como un abismo o un vacío bostezantes.

Si el Caos generó vida y sustancia a partir de la nada, si hizo brotar vida a fuerza de bostezos y sueños o de alguna otra manera, no lo sé. Yo no estaba ahí. Ni tú. Y, sin embargo, en cierto modo sí estábamos, porque todos los pedazos que nos conforman estaban allí. Basta con decir que los griegos pensaban que fue Caos quien, por medio de una arcada formidable o de un gran respingo, hipido, vómito o tos, inició la larga cadena de creación que ha devenido en pelícanos y penicilina, sapos y pinsapos, peces tigre, peces, tigres, seres humanos y narcisos en flor, y masacre, arte, amor, confusión, muerte, locura y galletitas saladas.

Sea cual sea la verdad, hoy la ciencia coincide en que todo está destinado a *volver* al Caos. A este sino inevitable lo deno-

mina *entropía*: parte del gran ciclo que va del Caos al orden y de vuelta al Caos. Los pantalones que llevas fueron en origen un cúmulo caótico de átomos que, a saber cómo, se fusionaron en una materia organizada por su cuenta a lo largo de eones en una sustancia viviente que evolucionó lentamente hasta convertirse en una planta de algodón que luego se tejió para producir el primoroso material que ciñe tus preciosas piernas. Un día te quitarás esos pantalones —no ahora mismo, espero— y se pudrirán en algún basurero o los quemarán. En cualquiera de los casos, la materia que los compone acabará siendo liberada para ir a formar parte de la atmósfera del planeta. Y cuando el sol explote y se lleve consigo todas y cada una de las partículas de este mundo, los ingredientes de tus pantalones incluidos, todos los átomos que lo constituyen volverán al frío Caos. Y lo que se aplica a vuestros pantalones puede aplicarse a vosotros, claro.

De modo que el Caos que lo comenzó todo es también el caos que le pondrá fin a todo.

Ahora bien, tal vez seáis de los que se preguntan: «Pero ¿quién o qué había *antes* del Caos?» o «¿Quién o qué había antes del Big Bang? *Algo* debía haber».

Bueno, pues no. Tenemos que aceptar que no hubo un «antes», porque todavía no existía el Tiempo. Nadie había apretado un botón que pusiera en marcha el Tiempo. Nadie había gritado ¡*Ya!* Y, dado que el Tiempo no había sido creado, un vocabulario temporal como «antes», «durante», «cuando», «luego», «después de comer», «el miércoles pasado» no tenía significado posible. Esto es algo que te pone la cabeza como un bombo, pero es así.

El término griego para decir «todo lo que acaece», lo que nosotros llamaríamos «el universo», es COSMOS. Por el momento —aunque «momento» es una palabra temporal y no tiene sentido ahora mismo (al igual que este «ahora mismo») —, por el momento, el Cosmos es Caos y solo Caos, porque Caos es lo único que acaece. Un despezarse, un afinar de la orquesta...

Pero las cosas están a punto de cambiar muy deprisa.

EL ORDEN PRIMIGENIO

Del Caos informe brotaron dos creaciones: ÉREBO y NIX. Érebo era la oscuridad y Nix la noche. Copularon enseguida y los frutos destellantes de su unión fueron HÉMERA, el día, y ÉTER, la luz.

Al mismo tiempo –porque todo tiene que suceder simultáneamente hasta que aparezca el Tiempo para separar los acontecimientos–, el Caos engendró otras dos entidades: GEA, la tierra, y TÁRTARO, las profundidades y cavernas subterráneas.

Adivino lo que estáis pensando. Estas creaciones suenan más que atractivas: Día, Noche, Luz, Profundidades y Cavernas. Pero no eran dioses ni diosas, ni siquiera eran celebridades. Y a lo mejor también habréis caído en que, dado que no existía el tiempo, no podía haber narración dramática ni relatos; porque los relatos dependen del «Érase una vez» y del «Entonces resulta que».

Estaríais dando en el clavo. Lo que emergió primero del Caos fueron principios primordiales y elementales, carentes de color, carácter o interés auténticos. Se trataba de las DEIDADES PRIMORDIALES, el Orden Primigenio de seres divinos de los que surge la totalidad de dioses, héroes y monstruos del mito griego. Se apostaron y extendieron bajo la superficie de todas las cosas... a la espera.

La silenciosa vacuidad de este mundo se llenó cuando Gea

se arrancó dos hijos del cuerpo.* El primero fue PONTO, el mar, y el segundo fue el cielo: URANO, nombre cuyo sonido siempre ha provocado un enorme placer a niños de entre nueve y noventa años. Hémera y Éter también procrearon, y de su unión surgió TALASA, la contrapartida femenina de Ponto, el mar.

Urano *fue* el cielo y el firmamento en la medida en que –al principio de todo– las deidades primordiales siempre *eran* las cosas que representaban y sobre las que regían.† Podríamos decir que Gea era la tierra que forma colinas, valles, cuevas y montañas, pero dotada del poder de replegarse en una forma capaz de hablar y caminar. Las nubes de Urano –el cielo– flotaban y bullían sobre Gea pero también podían fusionarse en una forma reconocible para nosotros. Era tan corta la edad de todas las cosas... Había muy poco establecido por el momento.

* Este truco del alumbramiento virgen, o partenogénesis, todavía podemos encontrarlo en la naturaleza. En los áfidos, en algunos reptiles e incluso entre los tiburones es hasta cierto punto una manera habitual de tener descendencia. No se darán las variaciones que dos pares de genes procurarían; lo mismo sucede en la génesis de los dioses griegos. Los que nos interesan son todos fruto de dos progenitores, no de uno.

† De hecho, hoy en día la palabra griega «Οὐρανός» sigue designando el cielo.

LA SEGUNDA GENERACIÓN

Urano, el cielo, cubrió a su madre Gea, la tierra, de arriba abajo. La cubrió en los dos sentidos: la cubrió como el cielo cubre la tierra hasta la fecha y la cubrió como el semental cubre a una yegua. Al hacerlo, sucedió algo asombroso. *Comenzó el Tiempo.*

También comenzó otra cosa..., ¿cómo llamarla? ¿Personalidad? ¿Drama? ¿Individualidad? Carácter, con todas sus taras y defectos, tradiciones y pasiones, artimañas y sueños. Comenzó el *significado*, se podría decir. La semilla de Gea nos dio sentido, una germinación de pensamiento que cobra forma. Seminal semiología semántica del semen del cielo. Dejaré tal especulación a gente más cualificada, pero en cualquier caso fue un momento fabuloso. En la creación y ayuntamiento con Urano, su hijo y ahora marido, Gea desenrolló la cinta de la vida que recorre la historia humana y nuestro mismísimo ser, el vuestro y el mío.

Justo desde el principio, la unión de Urano y Gea fue gratificamente productiva. Primero llegaron doce niños fuertes y sanos: seis varones, seis hembras. Los varones eran OCÉANO, CEO, CRÍO, HIPERIÓN, JÁPETO y CRONO. Las hembras, TEA, TEMIS, MNEMÓSINE, FEBE, TETIS y REA. Estos doce estaban destinados a convertirse en la Segunda Generación de divinidades, labrándose por cuenta propia un nombre legendario.

Y en alguna parte, mientras Tiempo iba cogiendo cuerpo,

el reloj echó a andar, el reloj de la historia cósmica que todavía hoy sigue en marcha. Quizás uno de estos recién nacidos fuese responsable de ello, podemos ocuparnos de eso más tarde.

No conformes con estos doce hermanos y hermanas guapos y fuertes, Urano y Gea todavía trajeron al mundo más proge-nie: dos inconfundibles, pero inconfundiblemente *nada* bellos, grupos de trillizos. Primero llegaron los tres CÍCLOPES, gigantes de un solo ojo que dieron a su padre, el cielo, una nueva gama de expresiones y modulaciones. El mayor de los cíclopes se llamaba BRONTES, trueno,* luego vino ESTÉROPES, el relámpago, y después ARGES, el resplandor. Urano tuvo entonces la capacidad de llenar el firmamento con los resplandores del relámpago y el estruendo del trueno. Se regodeó en el ruido y el espectáculo. Pero el segundo grupo de trillizos que parió Gea hizo estremecerse aún más al padre y a todo aquel que los vio.

Puede que lo más suave sea decir que fueron un experimento mutacional que ojalá no vuelva a repetirse, un callejón sin salida genético. Puesto que aquellos recién nacidos –los HECA-TÓNQUIROS†– tenían cada uno cincuenta cabezas y cien manos y eran espantosos, feroces, violentos y poderosos como nada que hasta ese momento hubiera sido engendrado. Se llamaban COTO el furioso, GIGES el de los brazos largos y EGEÓN la cabra marina, a veces también conocido como BRIAREO el vigoroso. Gea los amaba. A Urano le repugnaban. Tal vez lo que más lo horrorizaba era pensar que él, el Señor del Cielo, pudiese haber engendrado cosas tan extrañas y feas, pero creo que, como la mayoría de los odios, su repugnancia tenía origen en el miedo.

* El brontosaurio o «lagarto trueno» recibió su nombre por Brontes. Las hermanas novelistas de Yorkshire *puede que* también. Su padre nació «Brunty» pero se lo cambió a Brontë, bien para adornar su apellido irlandés con el repiqueteo mayestático del trueno, bien en honor al almirante Nelson, que había sido nombrado duque de Brontë (el ducado estaba situado en las laderas del Etna y se cree que su nombre derivaba de los cíclopes que dormitaban debajo).

† Pronunciado e-ka-tón-ki-ros: *hecaton* significa «cien» y *quiros* «manos» (como «quiropráctico»).

Lleno de asco, los maldijo: «¡Por haber ofendido a mis ojos, nunca veréis la luz!» Mientras rugía estas furiosas palabras los devolvió a empujones, junto con los cíclopes, al vientre de Gea.

La venganza de Gea

Tenemos buenas razones para preguntarnos qué significa realmente que «los devolvió a empujones al vientre de Gea». Algunos han interpretado que enterró a los hecatónquiros bajo tierra. La identidad divina, en esta época tan temprana, era fluida, cuánto de persona y cuánto de atributo tenía un dios es difícil de determinar. Por entonces no existían las letras mayúsculas. Gea la Madre Tierra era lo mismo que *gea*, la tierra misma, igual que *urano*, el cielo, y Urano el Padre Cielo eran uno y el mismo.

Lo que sí está claro es que al reaccionar así con los tres hecatónquiros, sus propios hijos, y al tratar a su esposa con tan abominable crueldad, Urano cometía el primer crimen. Un crimen elemental que no quedaría sin castigo.

La agonía de Gea era insoportable, así que en su interior, junto al trío de hecatónquiros retorciéndose, blandiendo trescientas zarpas y embistiendo con ciento cincuenta testarazos, brotó de golpe un odio, un odio tremendo e implacable contra Urano, el hijo al que había alumbrado y el marido con quien había concebido una nueva generación. E, igual que la hiedra se enrosca en un árbol, cobró forma un plan de venganza.

Con el punzante dolor de los hecatónquiros todavía royéndola por dentro, Gea fue a ver a Otrís, una enorme montaña desde la que se divisa la región griega central que hoy conocemos como Ftiótide. Desde la cima se puede ver la llanura de Magnesia, que se extiende hacia las aguas azules de la región occidental del Egeo según se rizan alrededor del golfo Maliaco y abarca la diseminación desordenada de islas que conocemos con el nombre de Espóradas. Pero a Gea la estaban consumiendo demasiado dolor y cólera como para disfrutar de una de las

vistas más preciosas del mundo. En la cima del monte Otris se puso a construir un artefacto inusitado y terrible. Se afanó durante nueve días y nueve noches hasta que hubo obtenido un objeto que escondió acto seguido en la grieta de la montaña.

A continuación, se fue a visitar a sus doce hermosos y fuertes niños.

—¿Estarías dispuesto a matar a tu padre, Urano, y dirigir el cosmos conmigo? —les preguntó uno por uno—. Heredarías de él el cielo y de golpe la creación entera pasaría a ser nuestro dominio.

A lo mejor nos imaginamos que Gea —Madre Tierra— es blanda, cordial, benévola y amable. Bueno, a veces lo es, pero recordad que está rellena de fuego. A veces puede ser más cruel, severa y aterradora que el mar más bravío.

Y hablando del mundo marino, los primeros hijos a los que Gea intentó ganarse para su causa fueron Océano y Tetis.* Pero estaban en plena negociación para compartir los océanos con Talasa, la diosa primordial del mar. La familia al completo estiraba y flexionaba los músculos a una, estableciendo sus campos de pericia y control, mordisqueándose, gruñendo y calibrando la fuerza y superioridad de unos y otros como cachorros en una cesta. A Océano se le había ocurrido la idea de crear mareas y corrientes que recorrerían el mundo por todas partes como un enorme río salado. Tetis estaba a punto de tener un bebé —pecaminoso en aquellos días primigenios, evidentemente: la reproducción no habría sido posible sin acoplamientos incestuosos—. Estaba embarazada de NILO, el Nilo, y acabaría pariendo al resto de los ríos y como mínimo a tres mil oceánides o ninfas marinas, seductoras deidades que se desenvolvían con tanta facilidad en tierra firme como en las aguas del mar. Ya tenían dos hermanas adultas: CLÍMENE, que era la amante de JÁPETO, y la astuta y sabia METIS, que está llamada

* «Tetis» es también el nombre que le dan los paleontólogos al viejo mar inmenso que fue el antepasado del Mediterráneo.

a desempeñar un papel muy importante en lo que ha de venir.* Este par eran felices y ansiaban vivir entre el oleaje oceánico, de manera que ni la una ni la otra vieron razón para ayudar a matar a su padre, Urano.

A continuación, Gea visitó a su hija Mnemósine, que estaba atareada con su impronunciabilidad. Daba la impresión de ser una criatura muy superficial, estúpida e ignorante, que no tenía ni idea de nada y parecía comprender aún menos. Algo engañoso, porque a cada día que pasaba se iba volviendo más y más lista, más y más informada, y más y más capaz. Su nombre significa «memoria» (y nos brinda la palabra «mnemotecnia»). En el momento de la visita de la madre, el mundo y el cosmos eran muy jóvenes, de modo que Mnemósine no había tenido oportunidad de pulirse a base de conocimiento y experiencia. Con el paso de los años, su ilimitada capacidad de almacenamiento de información y experiencia sensorial la convertirían, casi, en la más sabia de todos. Un día daría a luz nueve hijas, las MUSAS, a las que conoceremos más tarde.

—¿Quieres que te ayude a matar a Urano? ¿Seguro que Padre Cielo puede morir?

—Pues destronarlo o incapacitarlo, entonces... no se merece menos.

—No te ayudaré.

—¿Por qué?

—Hay un motivo, y cuando lo sepa me acordaré de contártelo.

Exasperada, Gea acudió entonces a Tea, que también andaba en un emparejamiento fraternal con su hermano Hiperión. A su debido momento daría a luz a HELIO, el sol; SELENE, la

* Dado que tal vez hubo como tres mil oceánides, sería inútil enumerarlas, aun en el caso de saberse todos sus nombres. Pero vale la pena presentar a CALIPSO, ANFÍTRITE y a la oscura y aterradora ESTIGIA, quien —al igual que su hermano Nilo— habría de convertirse en la deidad de un río muy significativo. Hay una última oceánide digna de mención, pero solo por su nombre: DORIS. Doris la oceánide. Acabó uniéndose en matrimonio con el dios NEREO y con él engendró varias NEREIDAS, afables ninfas del mar.

luna, y a EOS, la aurora; prole más que suficiente para estar entretenidos, así que no mostraron interés en los planes de Gea para deponer a Urano.

Desalentada por la tibia y poco osada negativa de su proge-
nie a cumplir lo que ella consideraba sus destinos divinos –ade-
más de asqueada por lo enamoriscados y amansados que pare-
cían todos–, Gea probó a continuación con Febe, quizás la más
inteligente y perspicaz de los doce. Desde la más tierna edad la
resplandeciente Febe había dado muestras de poseer el don de
la profecía.

–Ay, no, Madre Tierra –dijo tras escuchar el plan de Gea–.
No sería capaz de tomar parte en un complot tal. No veo qué
puede traer de bueno. Además, estoy embarazada...

–Maldita seas –soltó Gea–. ¿De quién? De Ceo, seguro.

Estaba en lo cierto. Ceo, hermano de Febe, era su consorte,
de hecho. Gea se largó echando chispas con renovada cólera y
siguió visitando a lo que quedaba de su descendencia. Alguno
habría con arrestos para luchar, ¿no?

Fue a ver a Temis, que llegado el momento sería considera-
da en todas partes la encarnación de la justicia y el sabio
consejo,* y Temis aconsejó sabiamente a su madre que se olvi-
dase de la injusta idea de desposeer a Urano. Gea escuchó con
atención este sabio consejo y –como hacemos todos, mortales o
inmortales– lo ignoró, y prefirió poner a prueba el temple de su
hijo Crío, que se había desposado con la hija que tuvo ella con
Ponto, EURIBIA.

–¿Matar a mi padre? –Crío se quedó mirando a su madre
incrédulo–. P-pero cómo... o sea... ¿por qué?... o sea... uf.

–¿Qué ganamos nosotros con eso, madre? –le preguntó Eu-
ribia, conocida como «la del corazón de piedra».

–Casi nada, el mundo y todo lo que contiene –contestó Gea.

–¿A medias contigo?

* Temis se convirtió luego en la personificación de la ley, la justicia, las
costumbres (*mores*, las normas que deciden cómo son o deben ser los com-
portamientos y las cosas).

—A medias conmigo.

—¡No! —dijo Crío—. Vete, madre.

—Vale la pena pensárselo —dijo Euribia.

—Es demasiado peligroso —respondió Crío—. Te lo prohíbo.

Gea dio media vuelta con un gruñido y se fue a buscar a su hijo Jápeto.

—Jápeto, niño querido. ¡Destruye al monstruo Urano y reina conmigo!

La oceánide Clímene, que le había parido a Jápeto dos hermanos y estaba embarazada de un tercero, dio un paso al frente.

—¿Qué clase de madre pide algo así? Para un hijo, matar a su padre sería el más horrendo de los crímenes. El cosmos en pleno pondría el grito en el cielo.

—Hay que reconocer que tiene razón, madre —dijo Jápeto.

—¡Te maldigo y maldigo a tus hijos! —escupió Gea.

La maldición de una madre es algo terrible. Nos tocará ver cómo les llega la muerte a los hijos de Jápeto y Clímene (ATLAS, EPIMETEO y PROMETEO).

Cuando la pregunta fue dirigida a Rea, la undécima hija de Gea, esta dijo que no participaría en el plan, pero —alzando las manos para protegerse de un torrente de insultos de su madre— insinuó que a su hermano Crono, el último de aquellos bellos y poderosos hijos, podría muy bien agradarle la idea de derrocar a su padre. Lo había oído maldecir muchas veces a Urano y a su poder.

—¿De verdad? —exclamó Gea—. ¿En serio? Bueno, pues ¿dónde está?

—Debe de estar deambulando por las cavernas de Tártaro. Tártaro y él se llevan muy bien. Los dos son lúgubres. Malhumorados. Malos. Imponentes. Crueles.

—Ay, dios, no me digas que estás enamorada de Crono...

—¡Háblale bien de mí, mami, por favor! Es que es tan adorable. Con esos ojos negros centelleantes. Esas cejas tormentosas. Esos largos silencios.

Gea siempre había creído que los largos silencios de su hijo más pequeño no indicaban nada más que sosería intelectual, pero tuvo el tacto de no decirlo así. Tras asegurarle a Rea que,

por supuesto, la recomendaría sinceramente a Crono, salió disparada cuesta abajo, abajo, abajo hacia las cavernas de Tártaro a buscarlo.

Si nos diese por dejar caer un yunque de bronce desde el cielo tardaría nueve días en llegar al suelo. Si dejásemos caer ese mismo yunque desde el suelo tardaría otros nueve días en llegar al Tártaro. En otras palabras: el suelo está a medio camino del cielo y el Tártaro. O se puede decir que el Tártaro está tan lejos del suelo como el suelo lo está del cielo. Un lugar muy profundo, insondable, por lo tanto, pero más que un simple lugar. Recordad que Tártaro era también un ser primordial nacido de Caos al mismo tiempo que Gea. Así que cuando ella se le acercó, se saludaron como lo harían dos familiares.

—Gea, has ganado peso.

—Estás horrible, Tártaro.

—¿Qué puñetas te trae por aquí abajo?

—Calla la boca para variar y te lo cuento...

Este malcarado toma y daca no les impedirá, en un futuro próximo, aparearse y producir a TIFÓN, el más deleznable y mortal de los monstruos.* Pero por ahora Gea no está de humor para amoríos ni para intercambiar insultos.

—A ver. Mi hijo Crono... ¿anda por aquí?

Un gruñido resignado de su hermano.

—Casi seguro que sí. Ojalá pudieses decirle que me deje en paz. Se pasa el día sin hacer nada de nada, pero anda por aquí observándome con la mirada gacha y la boca abierta. Creo que le ha dado una especie de calentón platónico conmigo. Me copia el peinado y anda por ahí apoyándose lánguidamente en los árboles y las rocas como un alma en pena, melancólico e incomprendido. Como si estuviese esperando a que alguien lo pinte o yo qué sé. Cuando no me está mirando, está observan-

* Tifón nos trajo el tifus, la fiebre tifoidea y la tremebunda tormenta tropical, el tifón. Más adelante conoceremos a dos de los repugnantes descendientes que le dio a Tifón una criatura mitad mujer, mitad serpiente acuática llamada EQUIDNA.

do esa fumarola de lava de ahí. De hecho, ahí lo tienes, mira. Ve e intenta meterlo en vereda.

Gea se acercó a su hijo.

La hoz

El caso es que Crono (o Cronos, como a veces le gustaba hacerse llamar) no era exactamente el jovencito emo torturado y vulnerable que las descripciones de Rea y Tártaro tal vez os han llevado a imaginaros, dado que era el más poderoso de una raza inimaginablemente poderosa. Tenía un atractivo sombrío, desde luego; y sí, era malhumorado. De haber tenido Crono a su disposición los modelos, quizás se hubiese identificado con Hamlet en el colmo de su introspección, o con Jacques en el colmo de su mórbida autoindulgencia. Con Konstantín, de *La gaviota*, más un toquecito de Morrissey. Aunque también había algo en él de un Macbeth y no poco de Hannibal Lecter (como veremos).

Crono había sido el primero en descubrir que el silencio taciturno se interpreta a menudo como indicador de fortaleza, sabiduría y autoridad. Era el más pequeño de los doce, y siempre había odiado a su padre. El profundo y desgarrador veneno de la envidia y el resentimiento estaba empezando a desmadejar su cordura, pero se las había arreglado para ocultar la intensidad de su desprecio por todos excepto por su devota hermana Rea, que era el único miembro de su familia con quien se sentía lo suficientemente cómodo para revelar su verdadero ser.

Según iban ascendiendo del Tártaro, Gea vertió más veneno en aquella receptiva oreja.

—Urano es cruel. Está loco. Temo por mí y por todos vosotros, mis hijos bienamados. Vamos, niño, vamos.

Lo conducía al monte Otris. ¿Os acordáis del extraño y horrible artefacto que os conté que había forjado y escondido en la grieta de la montaña antes de ir a visitar a todos y cada uno de sus hijos? Ahora Gea llevó a Crono a ese lugar y le enseñó lo que había hecho.

—Cógelo. Adelante.

Los ojos negros de Crono resplandecieron al comprender la forma y el sentido del más extraño objeto entre los objetos.

Era una hoz. Una guadaña enorme cuya gran hoja curva había sido forjada en adamantino, que significa «indómito». La hoja en forma de media luna —un mazacote gigantesco de pedernal gris, granito, diamante y ofiolita— había sido afilada hasta obtener el más cortante de los filos. Un filo capaz de cortar cualquier cosa.

Crono lo sacó del escondrijo con la misma facilidad con que vosotros o yo cogeríamos un lápiz. Tras calibrar el equilibrio y el peso del instrumento en su mano, lo blandió una, dos veces. El tremendo silbido de la herramienta mientras azotaba el aire hizo sonreír a Gea.

—Crono, hijo mío —dijo—, hemos de esperar la hora propicia en que Hémera y Éter se sumerjan en las aguas de poniente y Érebo y Nix se dispongan a arrojar la oscuridad que...

—Quieres decir que tenemos que esperar hasta el anochecer. —Crono era impaciente y no destacaba por sus dotes poéticas ni por una sensibilidad demasiado refinada.

—Sí. La anochecida. Será entonces cuando tu padre venga a mí, como siempre. Le gusta...

Crono asintió con brusquedad. No le apetecía saber los detalles de los retozos de sus padres.

—Escóndete ahí, justo en la grieta donde tenía escondida la guadaña. Cuando oigas que me está cubriendo y que sus rugidos de pasión aumentan en volumen y gruñe de lujuria... golpea.

Noche y día, luz y oscuridad

Tal y como Gea predijo, Hémera y Éter estaban cansadas tras doce horas de juegos, así que lentamente Día y Luz descendieron hacia el mar. Al mismo tiempo, Nix se retiró el velo oscuro y con la ayuda de Érebo lo extendieron por todo el mundo como un negro tapete centelleante.

Mientras Crono aguardaba en la grieta, guadaña en mano,

la creación entera contenía el aliento. Digo «la creación entera» porque Urano y Gea y su descendencia no eran los únicos seres que se habían reproducido. También otros se habían multiplicado y propagado, entre ellos Érebo y Nix, los más prolíficos con diferencia. Tuvieron muchos hijos, unos horribles, otros admirables y algunos encantadores. Ya hemos visto cómo engendraron a Hémera y a Éter. Pero luego Nix, sin ayuda de Érebo, dio a luz a MOROS, o Destino, que habría de convertirse en la entidad más temida de la creación. El destino les llega a todas las criaturas, mortales o inmortales, pero siempre está oculto. Incluso los inmortales temen el todopoderoso, onniscente control de Destino sobre el cosmos.

Después de Moros llegó una ristra de hijos, uno tras otro, como una monstruosa invasión aérea. Primero apareció ÁPATE, Engaño, al que los romanos llamaron FRAUS (de donde derivan «fraude», «fraudulento» y «defraudador»). Se escabulló rumbo a Creta, donde se quedó esperando el momento propicio. A continuación nació GERAS, Vejez, que tampoco tuvo por qué ser un demonio tan temible como hoy podemos pensar. Si bien Geras era capaz de arrebatarse flexibilidad, juventud y agilidad, para los griegos lo compensaba con creces otorgando dignidad, sabiduría y autoridad. SENECTUS es el nombre latino, y comparte raíz con «senado» y «senil».

Acto seguido vinieron un par de gemelos completamente espantosos: EZIS (MISERIA en latín), el espíritu de la Tristeza, la Depresión y la Angustia, y su cruel hermano MOMO, la despreciable personificación de la Burla, el Sarcasmo y la Culpa.*

Nix y Érebo empezaban a cogerle el tranquillo al asunto. Su siguiente hija, ERIS, Discordia, se apostaba tras todas las desavenencias, divorcios, rencillas, cizañas, peleas, batallas y guerras. Fue su malintencionado regalo de bodas, la legendaria Manzana de la Discordia, lo que provocó la Guerra de Troya,

* Momo (MOMUS para los romanos) terminaría siendo incensado de una forma literaria serio-cómica como espíritu guía de la Sátira. Esopo lo incorporó a algunas de sus fábulas y es el héroe de una obra perdida de Sófocles.

aunque este épico conflicto armado tendrá lugar mucho, mucho más adelante. La hermana de Discordia, NÉMESIS, era la encarnación del Resarcimiento, esa veta implacable de justicia cósmica que castiga la ambición presuntuosa y desmedida –el vicio que los griegos llamaron *hibris*–. Némesis tiene elementos comunes con la noción oriental de karma y hoy la empleamos para insinuar la funesta oposición revanchista que en su día padecerán los arrogantes y malvados, y que supondrá su caída. Imagino que se podría decir que Holmes fue la Némesis de Moriarty, Bond la de Blofeld y Jerry la de Tom.*

Érebo y Nix también engendraron a CARONTE, cuya abyección comenzaría a crecer una vez que hubo asumido sus funciones como barquero de los muertos. También nació de ellos HIPNOS, la personificación del Sueño. Además, estaba el progenitor de los ONIROS –miles de seres encargados de fabricar y traer los sueños a los dormidos–. Entre los oniros de los que sabemos el nombre encontramos a FOBÉTOR, dios de las pesadillas, y FANTASO, responsable del modo fantástico en que una cosa se convierte en otra en los sueños. Trabajaban bajo la supervisión de MORFEO, hijo de Hipnos, cuyo nombre ya recuerda las formas amorfas, cambiantes, del mundo del sueño.† «Morfina», «fantasía», «hipnótico», «oniromancia» (la interpretación de los sueños) y muchos otros descendientes verbales del sueño griego han sobrevivido en nuestro idioma. TÁNATOS, el hermano del sueño, la muerte en persona, nos ha dado la palabra «eutanasia», «muerte buena». Los romanos la llamaban MORS, de mortales, mortuorio o mortificación.

Estos nuevos seres eran extremadamente aterradores y repugnantes. Dejaron en la creación una marca horrible pero necesaria, dado que por lo visto el mundo nunca ofrece nada que

* Los romanos, de un modo tal vez confuso, llamaban a Némesis INVIDIA.

† Al protagonista del *Sandman* de Neil Gaiman, Sueño, también se lo conoce como Morfeo, y fue la inspiración para el personaje de Morfeo interpretado por Laurence Fishburne en la saga *Matrix* de las Wachowski.

valga la pena sin proporcionar a su vez una espantosa contrapartida.

Se dieron, sin embargo, tres encantadoras excepciones:* tres bellas hermanas, las HESPÉRIDES (ninfas del ocaso e hijas del lucero vespertino). Proclamaban a diario la llegada de su madre y de su padre, pero con un suave fulgor dorado más que con el tenebroso negro de la noche. Su momento es lo que los cámaras de cine denominan hoy «la hora mágica», cuando la luz se encuentra en el apogeo de su embrujo y de su belleza.

Esta fue, por tanto, la descendencia de Nix y Érebo, que incluso en ese instante cubría la tierra con la oscuridad de la noche mientras Gea yacía a la espera de su marido para lo que confiaba en que fuese su último encuentro y Crono acechaba en las sombras de aquel recoveco en el monte Otris, con la enorme guadaña firmemente aferrada.

Urano castrado

Finalmente, Gea y Crono oyeron llegar desde poniente el ruido de unas tremendas pisadas y sacudidas. Las hojas de los árboles temblaron. Crono, apostado en silencio en su escondrijo, no tembló. Estaba listo.

—¡Gea! —rugió Urano al aproximarse—. Prepárate. Esta noche vamos a engendrar algo más que mutantes centímanos y monstruos monoculares...

—¡Ven a mí, hijo magnífico, divino marido! —exclamó Gea, con lo que Crono consideró una demostración de avidez desagradablemente convincente.

Los horribles sonidos de un babeo, un magreo y un gruñir lujuriosos le dieron a entender a Crono que su padre se afanaba en alguna suerte de prolegómeno.

* *Cuatro* excepciones, quizás. Hipnos no es tan malo, a fin de cuentas. Cuanto más tiempo vives, más cariño le coges. Y, hablando de vivir mucho, igual Geras tampoco es tan horrible. Así que cinco.

Dentro de aquella oquedad, Crono inspiró y espiró cinco veces. En ningún momento sopesó la moralidad de lo que estaba a punto de hacer, centraba sus pensamientos únicamente en las tácticas y en la espera del momento idóneo. Con una honda inspiración levantó la enorme guadaña y salió de su escondite ágilmente de costado.

Urano, que se disponía a tumbarse sobre Gea, quedó a sus pies con un irritado gruñido de sorpresa. Avanzando con serenidad, Crono echó atrás la guadaña y la dejó caer trazando una inmensa curva. La hoja, silbando en el aire, sajó limpiamente los genitales de Urano.

El cosmos al completo pudo oír el colérico grito de dolor, angustia y rabia de Urano. Jamás en la breve historia de la creación se había oído un ruido tan ensordecedor ni tan pavoroso. Todas las criaturas vivientes lo oyeron y tuvieron miedo.

Crono se abalanzó con un obsceno grito triunfal y agarró el trofeo chorreante antes de que llegase a tocar el suelo.

Urano cayó retorciéndose en un sufrimiento inmortal y chilló estas palabras:

—Crono, el más vil de mi prole y el más vil de la creación entera. El peor de los seres, más infame aún que los feos cíclopes y que los asquerosos hecatónquiros, con estas palabras yo te maldigo: *Que tus hijos te destruyan así como tú me has destruido a mí.*

Crono bajó la vista hasta Urano. Sus ojos negros no expresaban nada, pero su boca se curvó en una sombría sonrisa.

—No tienes poder para maldecir, papaíto. Tengo tu poder entre las manos.

Meneó ante los ojos de su padre los macabros despojos de su victoria, reventados y viscosos por la sangre, rezumantes y resbaladizos de simiente. Con una carcajada, echó el brazo atrás y lanzó el fardo de genitales lejos, tan lejos como pudo. Sobrevolaron las llanuras de Grecia y el mar crepuscular. Se quedaron los tres mirando cómo los órganos reproductivos de Urano se perdían de vista mar adentro.

Crono se sorprendió, al darse la vuelta para mirarla, de que

su madre se estuviese tapando la boca aparentemente horrorizada. De los ojos de Gea caían lágrimas.

Se encogió de hombros. Como si a ella le importase.

Erinias, gigantes y meliades

La creación, en ese momento, poblada como estaba por deidades primigenias cuya energía y objetivo parecen haber estado puestos, en suma, en la reproducción, se vio beneficiada por una asombrosa fertilidad. La tierra fue bendecida con una riqueza tan fecunda que casi podía creerse que si se plantaba un lápiz brotarían de él flores. Allí donde cayó la divina sangre, la vida no hacía sino germinar.

De manera que, por más asesino, cruel, insaciable y destructivo que fuese el carácter de Urano, había sido el soberano de la creación, al fin y al cabo. Para su hijo, haberlo mutilado y emasculado constituyó un crimen tremebundo contra el Cosmos.

Tal vez lo que sucedió a continuación no es tan sorprendente.

Alrededor de la escena de la castración de Urano se formaron unos inmensos charcos de sangre. De esta sangre, la sangre que derramó la entrepierna destrozada de Urano, emergieron criaturas vivas.

Las primeras en abrirse paso entre la tierra empapada fueron las ERINIAS, a las que llamamos furias: ALECTO (la implacable), MEGERA (la celosa) y TISÍFONE (la vengadora). Tal vez fue un instinto inconsciente de Urano lo que produjo la aparición de tan vengativos seres. Su deber eterno, desde el instante de su ctónico (o *perteneciente a la tierra*) nacimiento, iba a ser castigar los más alevosos y violentos crímenes: perseguir inexorablemente a los delincuentes y descansar solo cuando los culpables hubiesen pagado el espantoso precio exacto. Armadas con crueles látigos metálicos, las furias despellejaban al culpable hasta dejar a la vista el hueso. Los griegos, con su ironía característica, apodaron EUMÉNIDES o «benévolas» a estas vengadoras.